

LA ESCRITURA HAGIOGRÁFICA DE CASTILLO SOLÓRZANO: EL *SAGRARIO DE VALENCIA* (1635)¹

CRISTINA CASTILLO MARTÍNEZ

Universidad de Jaén
ccastill@ujaen.es

En 1635, en el taller que Silvestre Esparsa tenía en la calle de las Barcas en Valencia, se daban por concluidos los trabajos de impresión del último libro de Alonso de Castillo Solórzano. El conocido autor de *Las harpías en Madrid* o *La niña de los embustes* ofrecía al lector una obra alejada de su habitual línea picaresco-cortesana, bajo el título de *Sagrario de Valencia, en quien se incluyen las vidas de los ilustres santos hijos suyos y del reino*.

Este pequeño volumen en 8º, de 159 folios, se publicaba organizado en ocho apartados: los siete primeros, dedicados a tratar de manera individual a siete ilustres santos o beatos (por entonces) nacidos en Valencia o relacionados con dicha ciudad (san Vicente mártir, san Vicente Ferrer, fray Tomás de Villanueva, fray Luis Bertrán, san Bernardo de Alcira, fray Pascual Bailón y san Francisco de Borja, por este orden), y el último (sin epígrafe), centrado, como se dice en el sumario, en la «relación de las imágenes y reliquias de devoción que hay en Valencia».

Lo particular de esta obra no solo radica en la temática, en el hecho de que este hábil versificador y componedor de historias escriba una obra estrictamente hagiográfica en la que no hay lugar para el relato; sino también, en la retórica empleada, tras la que el autor queda completamente desdibujado por esa manera tan férrea con la que se agarra a las fuentes, por esa forma de cultivar la *imitatio*, no ajena a las vidas de santos. No es casual, por otro lado, que se haya centrado en el ámbito de Valencia, ni es menos importante que la obra aparezca salpimentada con sus versos; de ahí que, en las siguientes páginas, aborde su estudio teniendo en cuenta tres ejes fundamentales: lo hagiográfico, lo valenciano y lo poético.

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto I+D+i del MINECO *La novela corta del siglo XVII (y II)* (FFI2013-41264-P).

1. LO HAGIOGRÁFICO

El interés de Castillo Solórzano por lo hagiográfico no se circunscribe al *Sagrario de Valencia*, aunque sí a la ciudad del Turia. Así, en 1636, da a conocer el *Patrón de Alzira, el glorioso mártir san Bernardo*, un extenso poema en diez cantos que, si bien publica en Zaragoza², lo más probable es que lo escribiera o lo gestara coincidiendo con su estancia en Valencia, en un lapso de tiempo cercano al de redacción del *Sagrario*. Esto permitiría conjeturar que la creación de ambos textos fue resultado de una misma motivación para nosotros hoy desconocida.

Sabemos que Castillo Solórzano fue escribiendo a un ritmo más rápido del que le proporcionaban sus posibilidades económicas, y que hubo de guardar sus obras hasta encontrar los apoyos que le permitieran sacarlas a la luz. Baste recordar el privilegio real del *Patrón de Alzira*, en el que también se concede licencia para poder imprimir las *Aventuras del bachiller Trapaza* y la *Historia de Marco Antonio y Cleopatra*, que no aparecieron hasta 1637 y 1639, respectivamente (ambas en la imprenta de Pedro Verges). Su escritura, por tanto, siguió un ritmo distinto al de la publicación, dependiente siempre de sus protectores, lo que permitió que en tres décadas situara su obra en las principales ciudades españolas (Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona y Zaragoza); reflejo de su caminar al servicio de grandes señores³.

En esta línea hagiográfica, o cuando menos religiosa, se debió de inscribir la obra titulada *Abril de flores divinas*, que no se ha conservado y de la que no tenemos más noticia que la que aporta en la aprobación y en la licencia de las *Jornadas alegres* (Bonilla 2012: 250), en donde se califica de libro divino «muy apacible y devoto», pero cuyo contenido, mientras no aparezca ningún testimonio, seguirá silenciado.

Podamos contar o no con esta obra, es inevitable preguntarnos el porqué de la escritura hagiográfica de Castillo Solórzano, que, a tenor de los dos textos citados y conservados, podría obedecer al deseo de ensalzar Valencia, no en vano ambos textos se refieren precisamente a esta región; pero también podría inscribirse en esa nueva piedad surgida a partir de la Contrarreforma. Una piedad que, fuera cultivada de una manera honesta o no, facilitaría las vías de publicación a un autor tan centrado en su oficio como Castillo Solórzano. Esto justificaría también

² Donde se había trasladado acompañando a Pedro Fajardo, V marqués de los Vélez, cuando este fue nombrado virrey del reino de Aragón.

³ «En resumen, considerados los principales hechos que marcan su vida, don Alonso de Castillo Solórzano se nos presenta como un pequeño noble provinciano de escasos recursos económicos, que logra publicar una dilatada obra literaria gracias a la protección que le dispensaron algunos importantes nobles y mecenas de la época, y a su capacidad para adaptarse a las mil maravillas a los distintos ambientes literarios de las diferentes ciudades en las que se vio forzado a residir siguiendo a sus mentores» (López Gutiérrez 2003: 19).

los aprovechamientos incluidos en *Las harpias en Madrid* (1631) y en los *Escarmientos de amor moralizados* (1628), de cuyas lecciones prescinde en la reescritura que realiza al año siguiente con el título de *Lisardo enamorado* (Giorgi 2014, 2016).

Los acuerdos adoptados en el Concilio de Trento en lo concerniente a la veneración de los santos y a las reliquias dieron lugar a una abundante producción de textos hagiográficos, con un mayor control en la imprenta a partir de la pragmática de 1558. Las vidas de santos habían interesado desde antiguo pero, en muchas ocasiones, se habían falseado con leyendas y relatos folclóricos que había que depurar para evitar cualquier desviación de la ortodoxia. El Barroco, como señala María Cruz García de Enterría,

Fue el momento en que hubo de nuevo una eclosión de escritos hagiográficos, alentados, y quizá manipulados, por la Iglesia que vio en ellos un arma útil para luchar tal vez contra los errores protestantes y, sobre todo, contra la desacralización del mundo y de la sociedad que se había iniciado tiempo atrás, pero extraordinariamente acelerada a partir de toda la compleja y cambiante problemática religiosa del siglo xvi (1991/1992: 192).

El de las vidas de santos era un género que, además, contaba con una tradición secular y, sobre todo, con el agrado del público. Simón Díaz (1977) habla de 435 hagiografías sobre 185 santos que se escribieron en el período que va de 1480 a 1700, y José Luis Canet (2007: 254) señala que solo en la zona de Valencia, que es la que nos interesa, se han llegado a contabilizar alrededor de treinta en un período comprendido entre 1470 y 1600⁴.

De manera que sumarse a una tradición avalada por la Contrarreforma y, además, de interés para los lectores podría explicar esta inclinación de Castillo Solórzano por lo hagiográfico. Y me atrevería a decir que no tanto para ofrecer modelos de conducta siguiendo unas directrices exclusivamente religiosas, sino para practicar otras formas de escritura en las que podía exhibir sus cualidades versificatorias y con que las que podía ensalzar la ciudad de Valencia.

2. LO VALENCIANO

Es cierto que la vinculación entre santidad y ciudad no es en absoluto extraña ni en las vidas de santos ni en las fiestas organizadas para apoyar procesos de beatificación o canonización, en las que a menudo se daba a entender que los santos eran

⁴ No he localizado estudios que se centren en fechas posteriores, pero al menos este nos servirá de orientación.

los que ennoblecían las ciudades⁵. Estas alabanzas son evidentes en el nutrido ámbito hagiográfico valenciano. Sin ir más lejos, las encontramos en la vida de san Vicente, escrita por Vicente Justiniano Antist, en la de san Bernardo de Alzira, elaborada por Honorato Gilbau, o en la de fray Luis Bertrán, realizada por fray Baltasar Juan Roca. Todas ellas están dedicadas a la ciudad del Turia y a sus jurados y hombres ilustres; tópico que también mantiene Castillo Solórzano, mostrándose, por este y por otros aspectos, como un buen conocedor de este género literario. Pero el hecho de que sus dos únicas hagiografías estén referidas al ámbito valenciano y una de ellas sea un epítome de siete de sus santos es especialmente significativo; más si cabe cuando dedica la obra explícitamente «a la ciudad de Valencia»⁶ y la alaba en los preliminares por motivos que nada tienen que ver con lo sagrado:

¿Qué ciudad la iguala en el apacible sitio donde está fundada? Los suntuosos edificios de templos y casas que la adornan, el fértil terreno de sus amenos campos, lo deleitoso de sus jardines, lo agradable de sus recreaciones, lo gustoso de sus salidas, lo florido de sus ingenios en las letras, lo estimable de sus compatriotas en las armas, lo noble de sus claras y antiguas familias, lo generoso, lo caritativo y finalmente el valor en los ánimos de sus naturales están publicando ser Valencia el lustre de la española nación para que ella exceda a las demás. (1635: f. 1v)

No hay que olvidar, por otro lado, que, aunque Castillo Solórzano nació en Tordesillas, tuvo un estrecho vínculo con Valencia, y no solo porque sus padres eran oriundos de allí, sino también porque él mismo vivió en esta localidad en varios momentos de su vida. Primero mientras estaba al servicio de Luis Fajardo, probablemente desde 1627 y hasta comienzos de los años treinta; y, después, entre 1634 y 1635, cuando acompaña a su nuevo señor, Pedro Fajardo de Zúñiga, hijo de aquel.

Allí publicó la *Huerta de Valencia. Prosas y versos en las academias della* (Miguel de Sorolla, 1629), el *Lisardo enamorado* (Juan Crisóstomo, 1629) y las *Fiestas del jardín* (Silvestre Esparsa, 1634). En todas, Valencia cobra protagonismo por ser escenario de muchas de sus historias, pero lo cierto es que lo será también en otras obras publicadas lejos de la zona levantina. Más allá del citado *Patrón de Alzira* –cuya vinculación es evidente–, es necesario aludir a la *Historia de Marco Antonio y Cleopatra*, que, aunque publicada en Zaragoza y de tema completamente distinto, incluye poemas de varios autores valencianos, reconocidos o

⁵ Como queda de manifiesto en buena parte de las relaciones que se nos han conservado, además de en los preliminares de algunas vidas de santos. Sirva de ejemplo la relación de las *Solemnes y grandiosas fiestas que la noble y leal ciudad de Valencia ha hecho por la beatificación de su santo pastor y padre don Tomás de Villanueva* (Valencia, Pedro Mey, 1620).

⁶ Jauralde considera que «probablemente por no haber encontrado mecenas» (Castillo Solórzano 1985: 18).

aficionados: Gaspar Mercader (autor de *El prado de Valencia*), Francisco Novella (catedrático de retórica en la Universidad levantina), Luis de Villanova («caballero muy noble, docto, erudito y devoto. Escribió excelentes versos» [Rodríguez 1747: 309]), Vicente Gascó de Siurana (citado por Lope en el *Laurel de Apolo*) o Monserrat de Cruyllas (caballero del hábito de Montesa). De ahí que Willard King pensara «que pudieran ser productos de un certamen poético dedicado a Cleopatra por una academia valenciana» (1963: 128).

Responda, pues, esta obra a una vena puramente hagiográfica, a un recurso para ensalzar la ciudad de Valencia, o a ambos, lo que está claro es que se incluye en esa etapa en la que da a las prensas textos que desentonan de su habitual temática picaresco-cortesana y en una época en la que proliferan las vidas de santos. Esta, en concreto, es particularmente curiosa porque no se centra en un único personaje, sino en siete, a la manera de un breve *flos sanctorum* local, en el que no podían faltar los patronos de Valencia, Alcira y Carlet: san Vicente mártir, san Bernardo de Alcira y san Vicente Ferrer, respectivamente. Amén de Tomás de Villanueva, Luis Bertrán, Pascual Bailón y Francisco de Borja, quienes vivieron en el siglo XVI y fueron beatificados en las primeras décadas del XVII, con lo que la narración de sus vidas cobra especial relevancia por la cercanía en el tiempo con los lectores. Bien es verdad que no se inscriben en ese ambiente festivo de las justas poéticas organizadas por congregaciones o instituciones públicas para apoyar los procesos de canonización o beatificación, como sucedió con san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier o san Isidro, en las que participó el propio Castillo Solórzano (probablemente más como ejercicio literario que devocional, según era costumbre); pero sí que se pueden vincular a ese ambiente testimonial de las vidas de santos que se desarrolla durante todo el siglo.

La selección de estos prohombres (únicamente santos o beatos) no es en absoluto arbitraria, sino más bien resultado de un proyecto cuidadosamente calculado. De hecho, al final de la obra, y justo antes de ese apartado sobre la «Relación de imágenes y reliquias...», Castillo Solórzano alude a la existencia de otros hombres y mujeres de vida ejemplar, de los que decide no hablar por temor a la censura:

Impídemelo hacerlo un Breve de la santidad de nuestro muy santo Padre Urbano Octavo en que manda no se escriba de ninguna persona que no estuviera canonizada o por lo menos beatificada, en cumplimiento del cual se hizo este mandato por la general Inquisición que es del tenor siguiente. (1635: ff. 143r-v)

Lo que reproduce a continuación es una parte del edicto que la santa Inquisición publicó sobre este tema y que solía incluirse en los directorios parroquiales. Está fechado el 29 de octubre de 1633; es decir, era de plena actualidad. Parece que Castillo no quiso incurrir en ningún desliz que le ocasionara problemas y se

muestra tremendamente cuidadoso con un tema que podía resultar peliagudo. De ahí que, en ese último apartado, tras incluir el decreto, solo aluda a la Virgen del Puig, patrona de Valencia, y a las imágenes de la Virgen del Socorro del convento del mismo nombre, a la de la Virgen del Milagro en la parroquia de san Juan del Hospital, a la de Nuestra Señora del Remedio en el monasterio homónimo, además de a varios crucifijos (como el de la parroquia de San Salvador, el del monasterio de santa María Magdalena, el del monasterio de santa Tecla y el de la iglesia de El Grao), así como al Cristo de la parroquia de San Martín, y a la imagen de San Pedro mártir en la parroquia de san Nicolás.

3. LO POÉTICO

Por otro lado, la obra, que podemos considerar un compendio en la medida en que cada apartado es independiente entre sí, mantiene como único elemento de unión la incorporación al final de cada capítulo de un poema que, aunque no se diga de manera explícita, parece ser creación personal y original del propio Castillo Solórzano. De manera que el autor de los *Donaires del Parnaso*, conocido por sus poemas jocosos, arriba a una poesía seria y religiosa, en la que parece moverse con menos desenvoltura, pero que le permite mantener su sello personal alejado de los modelos que sigue en la parte en prosa.

En el *Sagrario de Valencia* aparecen un total de ocho composiciones alusivas al santo tratado en cada sección, incluida la Virgen del Puig. Son ocho odas que asumen, en su mayoría, la forma estrófica de la estancia con remate final en que el poeta se dirige a la «canción» personificándola. Podrían entenderse como estribillo de toda la obra, en la medida en que constituyen la única aportación personal del autor (el resto es recreación de las fuentes), sostenidas, además, por una serie de tópicos que muestran a las claras su estilo barroco, lo que merecería un estudio aparte. Baste aludir a las alusiones mitológicas –rasgo característico de todo su poesía (Montero Reguera 1998)–, al léxico preciosista y, sobre todo, a la adjetivación triple, de la que abusa en casos como el poema dedicado a san Vicente mártir (ff. 7v-9): «En la sacra, en la eterna, en la triunfante / Jerusalén» (vv. 1-2), «bellas, puras y santas» (v. 10), «dulces sonos, graves y sonoros» (v. 13), «fábrica insigne, eterna y milagrosa» (v. 19) o «quieta paz, suma dicha, excelsa gloria» (v. 52). Los tercetos del poema a san Vicente Ferrer descansan sobre paralelismos, rimas internas o continuos esdrújulos, especialmente cuando habla del infierno:

En tanto, allá en el **Tártaro** distrito,
entre **fétidos piélagos** gimiendo,
tu dicha envidia el serafín precito.
Auméntase en su **cóncavo** tremendo

el castigo a los **miseros** pacientes,
 duplicado en sus grutas el estruendo.
 Crinado de **mortíferas** serpientes,
 Luzbel airado con crecidas penas
 se vuelca en baños de resina ardientes,
 y entre horribles crujidos de cadenas
 aquella voraz sierpe de la envidia
acóniton exala por sus venas. (f. 28r-v, vv. 49-60)

Hay imágenes que parecen resultarle especialmente gráficas y atractivas a juzgar por su repetición en poemas distintos, como sucede al hablar del dolor del demonio ante la santidad de san Vicente mártir: «alimentado de tartárea llama, / ángel llora, león gime, toro brama» (vv. 62-65), que reitera al hablar del beato Francisco de Borja (ff. 141v-142v): «y así vencido en la tartárea llama, / ángel llora, león gime, toro brama» (vv. 38-39).

Merece especial atención el poema dedicado a san Bernardo de Alcira (ff. 84v-87r), el más extenso de todos con un total de 172 versos. En él el poeta nos cuenta que, al quedarse dormido en una apacible selva, observa cómo dos ancianos guían a unas ninfas hasta el trono de las damas Alcira y Valencia. El más venerable de ellos, que resulta ser el río Júcar, entona un canto de alabanza a la ciudad a través de su patrón, san Bernardo. Aunque este poema recuerda al canto IX del *Patrón de Alzira*, en el que el río Júcar invoca al dios Neptuno para que celebre el martirio de san Bernardo (ff. 162r-163v), lo cierto es que es una composición completamente distinta y, sin duda, una de las más elaboradas de las que inserta Castillo Solórzano en el *Sagrario de Valencia*, al menos desde el punto de vista temático. No obstante, no parece haber mayor vinculación entre el epítome y el *Patrón de Alzira*.

4. LA RECREACIÓN DE LAS FUENTES

Al margen de las composiciones poéticas, resulta harto complicado realizar un estudio del estilo empleado por Castillo Solórzano en esta obra debido a su cariz hagiográfico. Y eso porque en ningún caso nos encontramos con creaciones propias, sino con reescrituras a partir de fuentes señaladas o, lo que es más curioso, conscientemente silenciadas. Bien sabemos que el nuevo espíritu contrarreformista propugnaba la escritura de vidas de santos fundamentadas en la historia, por lo que el recurso a hagiógrafos previos y a textos acreditados se hacía necesario; es más, era preciso mantener la fidelidad a las fuentes autorizadas. Sin embargo, Castillo Solórzano no parece estar recordando lo leído para ofrecer algo personal dentro de los límites que otorga una historia dada, que, desde el punto de vista

estilístico, incluso en el siglo XVII, no eran tan estrechos. Podía haber echado mano de estrategias compositivas que le permitieran añadir o quitar dramatismo a lo narrado, embellecer una idea, matizar tal o cual aspecto sin dañar, en absoluto, la supuesta objetividad que se suponía a un material dado a la edificación; sin embargo, no es ese su proceder.

La lectura del *Sagrario de Valencia* nos lleva a pensar en una labor de trabajo programada y siempre junto a los modelos, con lo que su intervención quedaría reducida a los procedimientos de la retórica clásica vinculados con la imitación, pues abrevia, trastoca y modifica. Castillo selecciona los pasajes que él considera más relevantes y los reescribe, generalmente parafraseándolos, pero en muchas ocasiones reproduce con exactitud estructuras discursivas de sus fuentes. Lo particular es que, para la redacción de estas siete vidas de santos, recurre a más de un modelo, aunque no siempre lo reconozca. Cita, sin duda, las fuentes más antiguas, las de los autores canónicos, pero a veces está siguiendo textos más cercanos en el tiempo sin dejar constancia. No parece suponer un problema para él, camuflado en esa tradición imitativa de los primeros hagiógrafos.

Así, por ejemplo, en la vida de san Vicente Ferrer, confiesa haber seguido a los dominicos Pedro Rauzano Palermitano (1428-1492), obispo y primer biógrafo del santo, a Juan Antonio Flaminio y a Leandro Alberto Bononiense (1479-1552). Los tres pertenecen a la tradición hagiográfica vicentina italiana. No cita, sin embargo, a Vicente Justiniano Antist (1543-1595) ni a Francisco Diago (1562-1615), ambos valencianos y vinculados a una tradición que pretende aquilatar los hechos históricos. No los cita pero, en cambio, a este último sí que lo sigue en su *Historia de la vida [...] de S. Vicente Ferrer* (1600)⁷. El episodio en el que la hermosa Inés Hernández intenta seducir al santo nos servirá de ejemplo para ver cómo se reproducen sintagmas completos, al mismo tiempo que Castillo Solórzano simplifica descripciones, comparaciones y otra serie de recursos que amplifican la historia. Su labor es la del reescritor que echa mano continuamente de la paráfrasis:

Perdidas las confianzas de ganar tierra con fray Vicente por estos caminos, metiose por los de su ganancia apoderándose de **una mujer llamada Inés Hernández, tan hermosa en el cuerpo cuanto fea en el alma, la cual se enamoró tan de veras deste santo**, que no pudiendo o (por decir mejor) no queriendo disimular su pasión, para salir con su mal intento, **fingió estar muy enferma**. (Diago 1600: 73)

No desistió el demonio de continuar sus persecuciones contra Vicente, y así el modo que tuvo para quererle desacreditar fue entrarse en el cuerpo de **una mujer llamada Inés Hernández tan hermosa del cuerpo como defectuosa de alma, la cual se enamoró tanto de Vicente** que para lograr su deseo se **fingió enferma**. (Castillo 1635: f. 15r-v)

⁷ El texto de Diago será referente básico para otros escritores como el dominico Francisco Gavaldá, *Vida del ángel profeta y apóstol valenciano san Vicente Ferrer*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 1668.

Y para inducirle más a lo que pretendía, con la mayor desvergüenza del mundo se descubrió toda. **Enojose tanto el glorioso padre de ver la desvergüenza** y atrevimiento de la mala hembra **que con muy graves y resolutas palabras le reprendió el hecho y luego, cual otro Josef, huyó del aposento**, porque sabía muy bien que en este género de tentación el más cierto remedio, después de la gracia de Dios, es ponerse en huida y saltar presto del fuego. (Diago 1600: 74)

Decía el demonio que no saldría de allí si no venía el que estando en el fuego no se había quemado. (Diago 1600: 75)

y para atraerle más a su gusto, se descubrió en la cama toda. **Enfadose tanto el bienaventurado religioso de ver su desvergüenza que con graves y resueltas razones la reprendió su deshonesto proceder y huyendo de su presencia la dejó y se fue.** (Castillo 1635: f. 15v)

Decía el demonio que no saldría de aquel cuerpo en que estaba **si no venía allí el que estando en el fuego no se había quemado.** (Castillo 1635: f. 16r)

Más interesante es el compendio de la vida de fray Tomás de Villanueva, para el que Castillo Solórzano confiesa seguir a quien fue uno de sus principales biógrafos después de Juan de Muñatones, amigo del santo. Me refiero a Miguel Bartolomé Salón. Este calificador del Santo Oficio y catedrático de teología en la Universidad de Valencia, prometió al que llegaría a ser santo escribir su vida si lo curaba de unas cuartanas. Cumpliendo lo prometido, en 1588 publicó el *Libro de los grandes y singularísimos ejemplos que dejó de sí en todo género de santidad y virtud y particularmente en la piedad y misericordia con los pobres, el ilustrísimo y reverendísimo señor Don F. Tomás de Villanueva* (1588), que ampliaría en 1620 tras el proceso de beatificación para el que fue nombrado procurador de la causa, con el título de *Libro de la santa vida y milagros del ilustrísimo y reverendísimo señor Don Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, de la orden de san Agustín, beatificado por nuestro santísimo padre Paulo V. Año 1618*. Castillo Solórzano lo cita en varias ocasiones:

Sin estos, hizo otros aparecimientos como más largamente cuenta el libro de su vida que escribió el padre Salón a quien en este breve resumen sigo (f. 43r).

Mayor volumen requería vida tan ejemplar de varón tan consumado en la virtud por quien Dios nuestro mostró la grandeza de su poder, pero mi intento es reducir su larga historia a breve resumen, el reverendo padre Salón, cuyo libro he seguido, trata más latamente de todos sus milagros. Remítome a su cuidado, que tuvo más asistencia en él por hacer libro de tantas maravillas (f. 43r-v).

No miente el autor del *Sagrario de Valencia* con tales afirmaciones, pero no dice del todo la verdad, pues a quien está siguiendo en primer término no es ni más ni menos que a Quevedo en su *Epítome a la historia de fray Tomás de Villanueva*, una hagiografía escrita por encargo y de manera muy rápida (en unos doce

días) para que estuviese lista para las fiestas que con motivo de la beatificación organizó la ciudad de Valencia en 1620⁸.

Castillo sigue, sin lugar a dudas, a Quevedo, y lo hace desde el comienzo de la historia (copiado literalmente), así como en la selección y en el orden de los acontecimientos de la vida del santo, e incluso en aquellos que incorpora Quevedo frente a sus fuentes declaradas, en especial Salón, aspecto que minuciosamente ha estudiado Carmen Peraita, quien explica que

En alguna ocasión, el *Epítome* presenta una versión diferente de un acontecimiento, por ejemplo el episodio de las tres lecciones que dicta Villanueva en la Universidad de Salamanca, y su despedida del mundo con el salmo *In exitu Israel* cuando ingresa en el convento, [que] no aparecen en Salón. (2000: 255)

Y precisamente Castillo Solórzano alude a ellos en términos muy semejantes a los empleados por Quevedo. Por tanto no puede estar utilizando a Salón en algo que este ni siquiera cuenta:

Tuvo noticia la ilustre academia Salmantina. Y deseando tener allí tan grave sujeto, le ofrecieron por claustro la cátedra de moral. Estimó este favor y reconocido del ofrecimiento no quiso dejar de aceptar y así partió a Salamanca, donde leyó tres lecciones, y de la última fue su oyente el rector. Leyó aquel misterioso salmo «In exitu Israel de Aegypto». (Castillo, ff. 30v-31r)

Llegó en estas cosas la voz de sus grandes partes a Salamanca, y fue solicitado con codicia de aquella Universidad donde le ofrecieron por claustro la cátedra de moral. Por mostrarse reconocido a la demostración de aquella universidad, fue a Salamanca y leyó tres lecciones, y en la postrera, donde fue oyente el rector, leyó aquel misterioso salmo *In exitu Israel de Aegypto*. (Peraita 2012: 136)

Le sigue también en aquellos pasajes donde Quevedo se mantiene más o menos fiel a lo narrado por Salón pero adaptándolo a su personal estilo. Así, en ese episodio tan habitual en las hagiografías sobre los juegos de la niñez, Salón dice que:

tenía este devotísimo niño por grande favor, y por sumo contento, servir a las misas, limpiar los altares, ayudar a barrer la iglesia, y hacer todos los oficios que en aquella tierna edad le permitían sus fuerzas, en servicio de la casa de Dios. (1588: 16)

Quevedo lo reelabora añadiendo expresividad:

⁸ Para un estudio detenido sobre esta obra, véase Jauralde Pou (1998: 412-414 y 961), Peraita (2000, 2004, 2012) y Fernández Mosquera (2004).

Tenía por dijes de niño y por juguetes la imitación de los oficios divinos, haciendo altares, ordenando procesiones, haciendo púlpitos de las sillas, predicando con las costumbres la doctrina que aún no cabía en su lenguaje. (Peraita 2012: 59a)

Una retórica que fue del agrado de Castillo pues la reitera:

A lo que más se inclinaba era a formar altares, a ordenar procesiones, hacer púlpitos de sillas, predicando en ellas. (f. 30r)

Son continuos los ejemplos que se podrían aducir para mostrar que el texto de Quevedo palpita en este apartado del *Sagrario de Valencia*⁹; el cotejo de ambos así lo muestra. La imitación es clara (copia directa en muchos casos), pero también lo es el deseo de desnudar el texto de los rasgos más característicos de Quevedo, de su particular léxico, de las continuas preguntas retóricas que amplifican, o de los epifonemas, agudezas y dilogías. Lo más singular lo elide, como si fuese consciente de no querer dejar rastro.

Al final del apartado, Castillo sigue insistiendo en que ha seguido en todo momento el libro de Salón. Oculta esa utilización directa que hace del texto que Quevedo publicó quince años antes sin que sepamos por qué. Es cierto que se trata del texto de un escritor y no de un hombre de iglesia, de un hombre de corte, polémico y polemista en los ámbitos intelectuales de la época en la que se publica el *Sagrario de Valencia*, pero también es verdad, si atendemos a lo que se dice en los preliminares, que fue un texto que se publicó a instancias y con el beneplácito de la orden de san Agustín.

En definitiva, Castillo ha realizado un epítome de un epítome, pues Quevedo compendia en cuarenta y ocho folios los poco más de doscientos (cuatrocientas once páginas) del primer libro de Salón, impreso en 4º, y Castillo resume o más bien reduce aquel en tan solo quince folios de un texto en 8º.

Menos evidente aunque también muy similar es la dinámica seguida en el resto de las vidas incluidas en el *Sagrario*, a las que, por razones de espacio, solo puedo aludir someramente. Así, para la historia de san Vicente mártir, confiesa seguir a san Isidoro, Prudencio, Simeón, Metafraste y Beda. Al narrar la vida de fray Luis Bertrán dice haber utilizado el libro de Baltasar Juan Roca¹⁰ así como el titulado *Beatificación del santo padre fray Luis Bertrán*¹¹.

⁹ De ellos trataré más pormenorizadamente en otro trabajo.

¹⁰ *Historia verdadera de la vida y milagros del bienaventurado padre san Luis Bertrán* (Valencia, Juan Cristóstomo Garriz, 1608) quien sigue en muchos casos a Antist.

¹¹ Es probable que se refiera a la relación de las *Fiestas que la insigne ciudad de Valencia ha hecho por la beatificación del santo fray Luis Bertrán*, redactadas por Gaspar Aguilar por encargo del municipio valenciano en 1608.

Muchas más son las fuentes declaradas en la redacción de la hagiografía de san Bernardo de Alcira: Pedro Antonio Benter, en sus crónicas del reino de España y en especial de Valencia¹², Gaspar Juan Escolano, *Década primera de la historia de la insigne y coronada ciudad y reino de Valencia* (Valencia, Pedro Patricio Mey, 1610), Honorato Gilbau y de Castro, autor del *Libro de la vida, martirio y algunos milagros de San Bernardo martyr; natural del territorio de la vila de Alzira* (1600), además de a la *Crónica de la Inclita y Coronada Ciudad y Reino de Valencia*, de Rafael Martí de Viciano, entre otros.

Para la vida de san Pascual Bailón recurre a fray Juan Ximénez, autor de una *Crónica del B. fray Pasqual Bailón* que publicó en Valencia en 1601, a quien sigue a partir del capítulo V en que relata el nacimiento del santo, siempre, como nos tiene acostumbrados, respetando el orden de los acontecimientos e insistiendo mucho en los milagros realizados. Y, por último, para hablar de san Francisco de Borja, su modelo no es otro que la *Vida del P. Francisco de Borja* (1592) escrita por Pedro de Ribadeneyra, a quien en ocasiones también sigue muy de cerca.

5. CONSIDERACIONES FINALES

Estas siete vidas de santos que componen el *Sagrario de Valencia* son, en definitiva, epítomes de obras bastante extensas desprovistas de largas digresiones, de disquisiciones teológicas y de extensos comentarios morales o eruditos. Lo importante es la selección de los episodios protagonizados por estos personajes, que se concretan, de acuerdo a un patrón clásico, en la tripartición vida, muerte y milagros, con especial insistencia en el lugar de nacimiento, en el origen de los padres, en los juegos infantiles y en la formación cultural antes de que el protagonista emprenda una vida de religión. Castillo Solórzano practica todos los recursos empleados en la *imitatio*, algo que solo se puede entender en el contexto del Siglo de Oro y, especialmente, en el ámbito hagiográfico donde la fidelidad al texto autorizado se consideraba un mérito al subrayar el rigor histórico y mantener lo narrado dentro de la ortodoxia católica fomentada por la Contrarreforma. Sus silencios sobre algunas fuentes a las que «imita» son especialmente reveladores.

Desconocemos si Castillo elaboró este volumen por consejo de alguien (nada se explicita en los preliminares); si quiso sumarse a una tradición de obras hagiográficas que eran del gusto del público, pero que normalmente eran escritas por frailes pertenecientes a congregaciones religiosas y creadas con un fin meramente edificante; o si quiso aprovechar el cauce de un género que planteaba menos

¹² *Primera parte de la Crónica general de toda España y especialmente del reino de Valencia*, Valencia, Joan de Mey Flandro, 1546, y *Segunda parte de la Crónica general de España y especialmente de Aragón, Cataluña y Valencia*, Valencia, Joan de Mey Flandro, 1551.

problemas a la hora de publicar, buscando compensar cualquier crítica que se vertiera sobre el resto de su producción literaria. Sea como fuere, y a pesar de las muchas dudas y silencios que recorren el texto, no es baladí que lo valenciano cobre tal fuerza y que lo poético esté presente como único baluarte de la creatividad solorzaniana.

Recibido: 15/7/2016

Aceptado: 3/11/2016

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- APARICIO MAYDEU, Javier (1993). «A propósito de la comedia hagiográfica barroca». En Manuel García Martín, Ignacio Arellano, Javier Blasco y Marc Vitse (eds.), *Estado actual de los estudios del Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. Salamanca: Universidad, tomo I, pp. 141-151.
- BARRERA Y LEIRADO, Cayetano Alberto de la (1968). *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español: desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*. Madrid: Tamesis Book Limited.
- BONILLA CEREZO, Rafael (2012). «Alonso de Castillo Solórzano: bio-bibliografía completa». [En línea]. *Tintas. Quaderni di letterature iberiche e iberoamericane*, 2, pp. 243-282. <<http://riviste.unimi.it/index.php/tintas/article/view/2744/2961>> [Consulta: 20-04-2017]
- CANET, José Luis (2007). «La hagiografía valenciana (1470-1600)». En Amaia Arizaleta et alii (coords.), *Pratiques hagiographiques dans l'Espagne du Moyen Âge et du Siècle d'Or II*. Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail, pp. 253-278.
- CARO BAROJA, Julio (1978). *Las formas complejas de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de (1635). *Sagrario de Valencia*. Valencia: Silvestre Esparsa.
- (1636). *Patrón de Alzira*. Zaragoza: Pedro Verges.
- (1985). *Las harpías en Madrid*. Edición de Pablo Jauralde Pou. Madrid: Castalia.
- DIAGO, Francisco (1600). *Historia de la vida, milagros, muerte y discípulos del bienaventurado predicador apostólico valenciano S. Vicente Ferrer de la orden de los predicadores*. Barcelona: Gabriel Graells y Giraldo Dotil.
- FERNÁNDEZ MOSQUERA, Santiago (2004). «Quevedo y los santos». *Criticón*, 92, pp. 7-37.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María Cruz (1991-1992). «La hagiografía popular barroca: entre lo maravilloso y lo fantástico». *Draco*, 3-4, pp. 191-204.
- GAVALDÁ, Francisco (1668). *Vida del ángel profeta y apóstol valenciano san Vicente Ferrer*. Valencia: Gerónimo Vilagrassa.
- GIORGI, Giulia (2014). «Alonso de Castillo Solórzano reescritor de sí mismo: algunas notas sobre los *Escarmientos de amor moralizados* y el *Lisardo enamorado*». *Edad de Oro*, XXXIII, pp. 257-266.
- (2016). «El *Lisardo enamorado* de Alonso de Castillo Solórzano: una novela, múltiples géneros». En Mechthild Albert, Ulrike Becker, Rafael Bonilla y Angela Fabris (coords.), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*. Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 247-260.

- JAUERALDE POU, Pablo (1998). *Francisco de Quevedo (1580-1645)*. Madrid: Castalia.
- KING, Willard F. (1963). *Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII*. Madrid: Real Academia Española (Anejos del Boletín de la Real Academia Española X).
- LÓPEZ GUTIÉRREZ, Luciano (2003). *Donaires del Parnaso de Alonso de Castillo Solórzano: edición, estudio y notas* [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Complutense.
- MAS I USÓ, Pasqual (1999). «Academia ficticia de la *Huerta de Valencia*», *Academias valencianas del Barroco: descripción y diccionario de poetas*. Kassel: Reichenberger, pp. 77-88.
- MONTERO REGUERA, José (1998). «Mitos clásicos y costumbrismo literario en la poesía de Alonso de Castillo Solórzano». *Edad de Oro*, XVII, pp. 107-118.
- PERAITA, Carmen (2000). «Observaciones preliminares para anotar el *Epítome a la historia de fray Tomás de Villanueva* de Quevedo». *La Perinola*, 4, pp. 251-266.
- (2004). «Reescrituras hagiográficas: Tomás de Villanueva, Miguel Salón y Quevedo». En Lía Schwartz (ed.), *Studies in Honor of James O. Crosby*. Newark: Juan de la Cuesta, pp. 267-279.
- (2012). *Gobernar la república interior; enseñar a ser súbdito: hagiografía y sociedad cortesana en Quevedo. Epítome a la vida de fray Tomás de Villanueva de Francisco de Quevedo*. Pamplona: EUNSA.
- RIBADENEYRA, Pedro de (1592). *Vida del P. Francisco de Borja, que fue duque de Gandía y después religioso y III general de la compañía de Jesús*. Madrid: P. Madrigal.
- RODRÍGUEZ, Josef (1747). *Biblioteca valentina*. Valencia: Imp. Joseph Thomas Lucas.
- SALÓN, Miguel Bartolomé (1588). *De los grandes y singularísimos ejemplos que dejó de sí en todo de santidad y virtud, particularmente en la piedad y misericordia con los pobres, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia y religioso de la orden de san Agustín*. Valencia: Pedro Patricio Mey.
- (1620). *Libro de la santa vida y milagros del ilustrísimo y reverendísimo señor Don Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, de la orden de san Agustín, beatificado por nuestro santísimo padre Paulo V. Año 1618*. Valencia: Juan Crisóstomo Garriz.
- SIMÓN DÍAZ, José (1977). «Hagiografías individuales publicadas en español de 1480 a 1700». *Hispania Sacra*, 30, pp. 421-480.
- VELASCO KINDELÁN, Magdalena (1983). *La novela cortesana y picaresca de Castillo Solórzano*. Valladolid: Diputación Provincial de Valladolid-Institución Cultural Simancas.
- XIMÉNEZ, Juan (1601). *Crónica del B. fray Pasqual Bailón*. Valencia: Juan Crisóstomo Garriz.
- XIMENO, Vicente (1747-1749). *Escritores del Reyno de Valencia: cronológicamente ordenados...* Valencia: Imp. Joseph Estevan Dolz, 2 vols.



LA ESCRITURA HAGIOGRÁFICA DE CASTILLO SOLÓRZANO: EL *SAGRARIO DE VALENCIA* (1635)

RESUMEN: El propósito de este artículo es analizar el *Sagrario de Valencia*, una de las obras más singulares de Alonso de Castillo Solórzano por alejarse de su línea picaresco-cortesana. Para ello se tienen en cuenta tres aspectos fundamentales, concretados en lo hagiográfico, lo valenciano y lo poético. Se presta especial atención a la escritura hagiográfica del autor, concebida como reescritura que, en ocasiones, va más allá de la mera *imitatio*.

PALABRAS CLAVE: hagiografía, Castillo Solórzano, *Sagrario de Valencia*, *imitatio*, reescritura.

THE HAGIOGRAPHIC WRITING OF CASTILLO SOLÓRZANO: THE SAGRARIO DE VALENCIA (1635)

ABSTRACT: *The object of this article is to analyse the Sagrario de Valencia, one of the most singular works of Alonso de Castillo Solórzano, for in it he digresses from his accustomed picaresque-courtesan line of writing. In this analysis three fundamental aspects of the text are taken into account: the hagiographic, the Valencian and the poetic one. Particular attention is paid to the author's hagiographic writing, conceived as a rewriting though at times it goes beyond mere imitatio.*

KEYWORDS: *Hagiography, Castillo Solórzano, Sagrario de Valencia, imitatio, rewriting.*

EDAD DE ORO
REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

XXXVI





Edad de Oro. Revista de Filología Hispánica

ISSN: 0212-0429

Dirección:

Teodosio Fernández

Secretaría y edición:

José Ramón Trujillo

Consejo de redacción:

Manuel Piqueras

Blanca Santos

Admisión de originales:

María Jesús Zamora

Edad de Oro

Departamento de Filología Española

Universidad Autónoma de Madrid

28049 Madrid (España)

Tfno.: +0034 91 497 4090

correo: mariajesus.zamora@uam.es

Distribución, suscripción y venta:

Servicio de Publicaciones de la UAM

Universidad Autónoma de Madrid

28049 Madrid (España)

Intercambio de publicaciones:

Biblioteca de la Facultad de Filosofía y

Letras (UAM)

Universidad Autónoma de Madrid

28049 Madrid (España)

Comité científico internacional:

Carlos Alvar (Univ. de Ginebra)

Ignacio Arellano (Univ. de Navarra)

Javier Blasco (Univ. de Valladolid)

Alberto Blecua (UAB)

Jean Canavaggio (Univ. de París X)

Laura Dolfi (Univ. de Turín)

Aurora Egido (Univ. de Zaragoza)

Víctor García de la Concha (RAE)

Luciano García Lorenzo (CSIC)

Joaquín González Cuenca (Univ. de
Castilla-La Mancha)

Agustín de La Granja (Univ. de Granada)

Begoña López Bueno (Univ. de Sevilla)

Michel Moner (Univ. de Toulouse III)

Joan Oleza (Univ. de Valencia)

Alfonso Rey (Univ. de Santiago)

Lina Rodríguez Cacho (Univ. de Sala-
manca)

Leonardo Romero Tobar (Univ. de Zara-
goza)

Aldo Ruffinatto (Univ. de Turín)

Lía Schwartz (City University of New
York)

Han colaborado en este volumen:

Departamento de Filología Española (UAM)

Facultad de Filosofía y Letras (UAM)

Edad de Oro se recoge, entre otras, en las siguientes bases de datos: SCOPUS, MLA Database, HLAS, Latindex, PIO-Periodical Content Index, ISOC, Dialnet, MIAR, ERIH Plus, DICE, Sumaris CBUC, Ulrich's. Se encuentra evaluada en CIRC: A; MIAR difusión ICDS live 2016: 10.0; INRECH; SCImago Journal & Country Rank: H Index 3, SJR SCImago Journal & Country Rank 0,1, Q4; RESH índice de impacto: 0.041; ERIH: A INT1; Carhus Plus+ 2014: C.